

**M**E pregunto si existe el derecho. Si alguien lo tiene. El derecho de seguir y perseguir a un poeta no por el deleite propio, sino para contarle a otros. Seguirlo mientras camina, con paso tarado, entre los pinos, mientras toma, una tras otra, tazas de té con el sabor del jazmín o la naranja; mientras compra camarones y los palpa, como si quisiera adivinar con las manos su interior de mar dulce, un poco corrompido; mientras devora con placer el lomo asado, ardiendo como el fuego, bajo una manta de picantes; mientras habla sin grandeza del calor y del buen tiempo, mientras se cansa y se calla, mientras detiene la respiración y hunde el estómago, y dice que adelgazó dos kilos, mientras critica el queso que no es bastante tierno o bastante salado, o a alguien que tomó de él lo menos importante y pasó sin mirar sus hallazgos más nuevos; mientras bebe agua, como todo el mundo, y como todo el mundo se aburre o tiene frío.

Cuando la obra es tan única, tan alta, tan seguramente eterna, nadie tendría el derecho de acercarse al autor, que es un hombre. Ya siempre definitivamente humano, perecedero.

Neruda camina entre los pinos. Lo veo, de lejos, caminar; con Matilde, su mujer. Matilde Urrutia. «Matilde, nombre de planta o piedra o vino, de lo que nace de la tierra y dura». La Matilde de los «Cien sonetos», con su melena rojiza y sus ojos oscuros siempre alertas. Aunque no escuche lo que dicen, sé que él empieza, a menudo, las frases con su nombre: «Matilde, Matilde», que ella usa el diminutivo de su nombre: «Pablito». Y que por un extraño, casi perverso rebuscamiento del español de Chile, usan entre ellos no el «tú», sino el «usted». Sé también que ella buscará, sin ruido, dejarle la vereda del sol si fuera invierno y la de la sombra si verano.

Otro «ignorado perro de la dicha» que pondrá peluche sobre las piedras del camino, esencia de rosas en las alcantarillas, silenciador a las bocinas. «Pero qué devoción, Matilde, qué devoción...», le dije cuando vi pasarle en el almuerzo, por tercera vez, lo mejor de su plato.

—Yo no sé que tenga devoción, oye. Es tan natural. Y si estuviera junto a un hombre que hiciera muebles o zapatos, sería igual. Así es el amor... y uno ni se da cuenta, oye, de eso que tú dices.

Ahora se acercaba parlotando con Pablo. Hablaban de alcachofas. Ese mediodía, el poeta comería alcachofas.

—¿Es cierto, Pablo, que en su vida sólo hubo tres mujeres?

—Solamente treinta y tres.

«Estése serio, Pablito —dijo Matilde—; son cuatro y no tres ésas tan importantes».

Pablo sonrió. «Ella es mi secretaria, debe saber. Aunque cuatro es un número algo arbitrario».

—¿Usted podría decir que en todas esas mujeres, las más importantes, hubo una condición coincidente? ¿Podría decir, por ejemplo, siempre busqué la dulzura, o la gracia, o...?

Me miró con expresión burlesca; no sé si dirigida a mi pregunta o a sus propios pensamientos, en los que parecía sumergido.

—Fueron mujeres muy diferentes —dijo por fin—. La primera, una holandesa pacífica, nacida en Java. Sencilla y suave. La segun-

—Sí, sí; es así. Tal vez mis libros han facilitado mi aproximación a ellas. Además, creo tener una forma de la sensibilidad que facilita esa relación. Me precio de tener muchas amigas mujeres y me enorgullezco de tenerlas.

Era mediodía, una nube de aromas de cocina, entre los que intenté en vano ubicar el de las alcachofas, comenzó a sobrevolarnos. Neruda comía queso aplicadamente; picante y macizo, que se desmigajaba al cortarlo, cremoso y agrio, que temblaba levemente bajo la presión del cuchillo. Comía con moderación, pero sin negligencia. «Bueno —dijo—, esas tres mujeres son tres mujeres diferentes. Las otras treinta también lo eran. Treinta mujeres diferentes».

Le anunciaron a Pablo que una chilena que prometía no robarle

Se acercó Matilde. El almuerzo estaba pronto.

—¿Cómer? —dijo Neruda—. Sí, es el momento. Pongámonos con energía.

La energía no fue tan visible, sin embargo, como su regocijo: ante los camarones que él mismo había comprado y que ahora pelaba con movimientos lentos, pero seguros, de antiguo devorador de camarones; cubriéndolos de limón, de mayonesa, de pimienta, que pulverizaba haciendo girar un molinillo. Comía y hablaba, hablaba y comía, mientras la montaña de caparzones rosados crecía en su plato.

—A los soviéticos yo les digo lo que me viene en gana. Y creo que ellos lo agradecen. Sé que escuchan. Un día me preguntaron en qué radicaba el éxito de Lievushenki —dijo, y bebió el largo trago de vino que tan abundante pimienta tenía que estar pidiéndole.

—¿Y usted qué les dijo?

—Les dije que creía que en ese zoológico teníamos que tener todos los animales. También el excéntrico. Que al lado de los otros escritores soviéticos, tan moderados en sus maneras, Zhenia, con sus ropas extravagantes, sus desplantes, su vanidad, su simpático desenfado, atraía.

—Su calidad como poeta...

—Hay otros poetas tan buenos como él en la URSS. Las razones de su éxito hay que buscarlas por otro lado.

Habían desaparecido los caparzones rosados, y en su lugar, un gran trozo de carne asada rodeado de alcauciles echaba humo. Pablo se sirvió una porción que cubrió de inmediato con una capa de malagueta. Alguien le preguntó si conocía ya ese picante. «Ahora voy a conocerlo —respondió llevándose un trozo de carne a la boca—. Oye... esto pica como un demonio, oye —dijo, y volvió a beber otro largo trago de vino que la malagueta le estaría ahora pidiendo a gritos—. Una vez quedé afónico a causa del picante. Se me durmieron las fosas nasales y el paladar. No podía hablar, mover la lengua. En esos casos, el cerebelo queda como bajo la sensación del opio —dijo mientras regaba con un hilo de aceite los alcauciles y los probaba luego—. A ver, a ver, ¿qué se lee en este país? —preguntó entonces, al tiempo que con un gesto de los ojos elogiaba el sabor de los alcauciles».

—En este momento, la novela más leída debe de ser «Cien años de soledad».

—Vargas Llosa y Carlos Fuentes, los dos dijeron lo siguiente: «Nunca se ha escrito en nuestra lengua nada igual después del

## MI NOMBRE ES PABLO POR ARTE DE PALABRA

da, una intelectual gran pintora, Delia del Carril, salida de una familia de intelectuales. Y Matilde... usted la ha visto ya... además he escrito tanto sobre ella...

—Una mujer de gran sentido práctico y de carácter muy firme...

—... de la clase obrera chilena.

—Que lo adora sin condiciones...

—Usted lo dice... debe ser así.

—¿Cómo ha recibido la admiración, la pasión, el asedio de las mujeres?

—Me gustaba... me gusta... ¿Cómo podría no gustarme? Pero, naturalmente, a veces el bosque no deja ver los árboles. Cuando hay demasiadas mujeres, uno termina por no ver ninguna.

—Tengo la sensación, a través de comentarios que le he escuchado, que usted logra buenas relaciones de amistad con las mujeres.

más de dos minutos quería saludarle. La compatriota: veinte años, «blue-jeans», ojos de enajenado arrobamiento, sumergió a Pablo en una marea de elogios, que éste sobrellevó con una sonrisa en que se mezclaban la complacencia y la ironía. Cuando la despedía oí que le decía: «Niña, exageras, exageras. Cuando alegues, no debes exagerar tu punto de vista».

Al volver me dijo: «Bueno, no me mire con esa cara de sorpresa; chilenas tenemos otras. Hay que pedir, hay que pedir. Más agresivas, más graciosas, más brillantes, más hermosas, más inguantes. Yo, cuando estoy en el extranjero, me siento responsable por todas. Debería recitarle algo que tiene que ver con estos».

—¿Algo suyo?

—Sí, sí. Ya estoy en edad de citarme. Pero, ¡qué mala memoria!...



## MARIAESTHER GILIO

Quijote». Cuando éstos lo dicen, que son grandes devoradores... Por eso no la he querido leer, por una forma de delectación especial. Querría conservarla allí, a la espera... También querría haber conservado sin leer, para poder hacerlo ahora, «Los tres mosqueteros», «Le grand Maulnes», de Alain Fournier o Proust. Sin embargo... el más reaccionario y el mejor de los críticos de Chile dijo: «Le falta grandeza». Pero Matilde se enfurece cuando oye decir esto... y yo le creo. Creo a Matilde. Es una gran novela. Cuando la lea lo confirmará.

—Pablito, ¿va a seguir usted comiendo esa carne con tanto picante?

—No se preocupe, Matilde, ya nos hemos acostumbrado el uno al otro. Páseme, por favor, aquella alcachofa que quedó sola, la pequeñita. He escuchado unos poemas de la Vilarriño, grabados por esa actriz de hermosa voz. Hay talento aquí. ¡Cuántos talentos hay! Pero a veces uno se distrae de las cosas de su tierra. Dos monstruos de la poesía del mundo han nacido en Montevideo: Lautréamont y Laforgue. No hay que regalárselos a Europa, aunque hablen francés. No debéis regalarlos, ¿sabes?

—¿Le parece tan importante el hecho de haber nacido en Montevideo? Hablan francés... vivieron allá... Pienso en Gardel. Gardel es nuestro, rioplatense, aunque haya nacido en Francia.

—Bueno... Laforgue habría que discutirlo... pero Lautréamont es un salvaje, no es europeo. La prueba está en que allá vivió mal... y murió de eso. Se le ve, es americano. Vuestro paisaje estaba en los ojos de ese niño. En Suiza se hablan veintitrés lenguas —ríe durante unos segundos, con la boca cerrada, los ojos inclinados hacia abajo—. Exageré, ¿verdad?... Cuatro o cinco lenguas, pero todos son suizos. No debía citarme a mí mismo por segunda vez en una mañana... pero mi poema sobre Lautréamont tiene esa tesis. Tenemos que defender a esta gente, recuperarla para América. ¿Conoce a Barradas?

—Seguro.

—¿Sabía de su gran influencia sobre importantes plásticos españoles?

—No.

—El más grande escultor abstracto español, Alberto Sánchez, admirado y adorado por Picasso, fue discípulo directo de Barradas. En la grande exposición del treinta y siete en París se había pedido obras a sólo tres españoles: Miró, Picasso y Alberto. Picasso se detenía en éxtasis a mirar su obra, una especie de obelisco retorcido. Alberto era un panadero de Toledo, tan inculto, tan primitivo, que habiendo vivido años en París, nunca consiguió aprender francés. Decía: «Yo voy a un café y digo: ¡Ay de mí!, y

me traen cerveza». ¿Qué más necesito? Luego fue a la URSS en la peor época del realismo socialista. Era un comunista apasionado, y quiso entrar en el trillo. Pero nunca pudo hacerlo tan mal como los verdaderos jefes del realismo socialista. Vuestro Barradas le había enseñado la libertad en el arte. Ahora ustedes lo han visto... todo eso... ya parece fácil... pero él lo inventó. Páseme, Matilde, un bocado de lomo; no... no tan grande. Y páseme, por favor, la malagueta. Si quedo afónico alguno podrá agradecerlo.

Y volvió a reír, concentrado al máximo de expresividad en los ojos, muy elocuentes en medio de un rostro que permanece por zonas un poco ajeno a la risa. «Y ahora que hablan de esa película de vampiros quiero contarles cómo fastidiaba yo a los rumanos de las nuevas generaciones socialistas diciéndoles: "Quiero conocer a Drácula". "Pero no... tenemos vacas que dan tantos litros", etcétera, decían. "No, no; yo quiero conocer a Drácula, sangre humana... quiero ver su comarca... conocerlo..."», dijo, y volvió a reír.

—¿Quiere, Pablito, una manzana?

—No, Matilde; la manzana engorda. Déme usted un mordisco y dos dedos de vino. Tal vez este es el momento en que ustedes están ansiosos porque yo recite. Les recitaré «Una historia vulgar».

*Fue una tarde triste y pálida.  
Yo me la encontré a la salida,  
pues esa mujer neurótica  
trabajaba en una botica.*

Haciendo ademanes y tentándose en medio de las frases, recitó. Y cuando acabó dijo, señalándome con su índice: «Usted ya creía que como un bisoño, joven poeta, aquí comenzaría a tañer mi lira. Ya vi, bien lo vi su ojo alerta, dispuesto y burlón».

—Demostrado que no es un joven poeta bisoño, ahora podría recitar en serio.

—Sí, una poesía que me gusta especialmente. Es de un peruano, Abraham Valdelomar. Este poema tiene algo muy singular: con adjetivos comunes, vulgares, consigue un verdadero espíritu poético. Escuche, es curioso, no tiene un solo adjetivo exquisito, rebuscado, todos son prosaicos, corrientes. Escuche:

*Mi infancia, que fue dulce, se  
[rena, triste y sola,  
se destizó en la paz de una al-  
[dea lejana  
entre el manso rumor con que  
[muere una ola  
y el tañer doloroso de una vieja  
[campana,  
Dábame el mar la nota de su  
[melancolía,  
el cielo la serena quietud de su  
[belleza,  
los besos de mi madre una dul-  
[ce alegría  
y la muerte del Sol una vaga  
[tristeza.  
En la mañana azul, al desper-  
[tar, sentía  
el canto de las olas como una  
[melodía,  
y luego el soplo denso perfuma-  
[do del mar,  
y lo que él me dijera, aún en mi  
[alma persiste.  
Mi padre era callado y mi ma-  
[dre era triste,  
y la alegría nadie me la supo  
[enseñar.*

—Esta poesía me seduce por su sencillez, su belleza...

—De su obra, ¿qué parte le parece más válida o más incuestionablemente duradera?

—Pero deje ese lápiz... no me trate como si todo lo que yo digo fuera memorable.

—No haga difícil mi trabajo... simulemos que sí todo es memorable.

—Eso va es mejor... uno tiene, ¿cómo dijera?, está predisposto, y es un prejuicio, a pensar que lo más hermético durará más. Pero no sé, no sé... es difícil colocarse fuera y opinar sobre la propia obra. Hay el antineruda político. Ese prefirió «Residencia en la Tierra», un libro difícil, atormentado. Hay cosas... Fíjese en la vitalidad de mis «Veinte...», que se publicó por primera vez hace cuarenta y seis años y se

## SEAT 127: SALE LA UNIDAD NUMERO 100.000

Sin ninguna ceremonia especial ha salido de las líneas de montaje de Seat, en su Factoría de la Zona Franca barcelonesa, la unidad número 100.000 del modelo 127. Corresponde a una berlina dos puertas, destinada al mercado nacional.

El 127 se incorpora así al reducido grupo de los coches españoles con más de 100.000 unidades producidas, siendo el que más rápidamente ha conseguido dicha cifra, pues se empezó a fabricar hace menos de catorce meses.

### PRENSA VENDIDA EN ESPAÑA

COMUNICACION XXI ha publicado un estudio sobre la difusión de periódicos y revistas españolas desde 1964 a 1972, con datos que aparecen por primera vez sobre el total de ejemplares que llegan a cada provincia y cruzados con otros índices (educación, renta, dinámica demográfica, etcétera) a nivel nacional e internacional.

La revista completa este trabajo con entrevistas a algunos directores de periódicos y revistas acerca de la prensa española, y un artículo que comenta nuestras tiradas en comparación con las extranjeras.

Para más información, dirigirse a COMUNICACION XXI, O'Donnell, 27. Madrid-9.

### NUOVO SOCIO DE HOTELES MELIA

Hace varios meses que la Organización Meliá constituyó una Compañía "holding", con domicilio legal en Panamá, al objeto de centralizar en una sola Entidad todas las inversiones que la Organización Hotelero-Inmobiliaria Meliá ha venido realizando y desarrollando en el extranjero en los últimos años.

Esta fórmula, en línea con las técnicas habituales dentro del mundo internacional de las empresas, no solamente habría de dar a las operaciones de la Organización Meliá en el extranjero una mayor agilidad y eficacia, sino también unas mayores posibilidades de financiación y la posible captación de nuevos socios.

La incorporación a MIH de la gran Empresa norteamericana Transamérica Corporation, con un activo superior a los 180.000.000.000 de pesetas (3.000.000.000 de dólares), representa la culminación de los objetivos iniciales de MIH, al verse sustancialmente reforzados los recursos económicos y especialmente técnicos de la Organización Hotelero-Inmobiliaria Meliá en el ámbito internacional, al contar ahora con el respaldo adicional que supone la vinculación con esta gran Empresa de servicios de California materializado en una fase inicial por su aportación de 6.500.000 dólares, por un paquete accionario del 45 por 100 de MIH, a través de su subsidiaria la Trans International Airlines, la más importante Compañía de vuelos "charter" del mundo.

### NUOVOS RITMI, NUOVOS PERFUMES

La necesidad de lanzar un nuevo perfume ROCHAS se ha dejado sentir desde 1967, año en que se iniciaron los oportunos estudios en los departamentos correspondientes.

Siguiendo la línea de los perfumes Rochas, "AUDACE", como "Madame Rochas", pertenece a ese grupo que los especialistas denominan la familia de los chipres. Muy sucintamente, un chipre comporta una base de musgo de encina, ámbar y un modificador constituido por combinación de notas animales y florales. Pero mientras que "Madame Rochas" es un chipre florido, "AUDACE",

de matices a la vez floridos y de maderas, contiene además una nota de síntesis muy particular que le proporciona el elemento predominante de su personalidad.

La concepción del frasco y del estuche constituye una gran innovación con respecto a lo que se habría podido definir hasta el momento como un cierto estilo Rochas.

La mujer española, que se distingue por su apreciación y exquisitez en la elección del perfume, cuenta aquí con un aroma que da un toque de personalidad acusada y distinción refinada a la persona que supo elegirlo.

### CONOCER ESPAÑA: GUIA SALVAT

El propósito de CONOCER ESPAÑA, Geografía y Guía Salvat, es ofrecer una geografía total e integradora. Mediante adecuadas síntesis se han reunido los avances de la ciencia geográfica en sus variados aspectos. Junto a la labor de los geógrafos, que realizan una detallada descripción de las regiones, comarcas y tierras de la Península, se une la aportación de especialistas en otras disciplinas afines que analizan la múltiple variedad de España. Es importante señalar que se dedica una especial atención a aquellos aspectos de preferente interés cultural y turístico.

La geografía debe verse, puesto que es fundamentalmente imagen, viaje. De ahí la importancia de la documentación gráfica. Una excelente y abundante cartografía se completa con una gran riqueza de ilustración geográfica. Ambas permitirán al lector descubrir itinerarios, acertar en la ruta deseada, adentrarse en la realidad física y hasta humana del terreno.

## MI NOMBRE ES PABLO POR ARTE DE PALABRA

sigue publicando. Cómo puedo decir: «esto sí va a quedar, esto no». De los «Veinte poemas...» yo ya no puedo hablar, ya pasaron, es como si no fueran míos... Pero algo deben representar. Algo deben tener que ver con la gente. ¿Es eso lo permanente? Tomemos ahora mi poesía por otro lado. Yo me propuse, como un deber bastante difícil, ser un cronista de mi época, de mi país. Y usé para eso un verso deliberadamente prosaico. Esto asoma en el «Canto general». Pero no es lo que me gusta menos de mi obra. Quise asumir la función del antiguo poeta de las canciones de gesta. Sentí que no se trataba simplemente de hacer poesía. Quise en algún sentido ser el poeta de las esquinas. En mi nuevo libro, «Fin del Mundo», el héroe es el siglo veinte. Es una especie de proceso a nuestra época. Allí vuelvo a hacer de cronista, aunque con otra forma.

—¿Cómo acogen sus poemas políticos los que son grandes apasionados de su poesía, pero no comparten sus ideas?

—Con mucha contrariedad... supongo. ¡Pero no es tan grande la parte política! Lo que ocurre es que duele mucho a los que no están de acuerdo. Pasé a ser el maldito. Un estilo de maldito que no gusta; el maldito que gusta es el que se cae de borracho, el que se droga en las buhardillas.

—¿Cómo describiría sus transformaciones como creador a través del tiempo?

—Hay una personalidad que es siempre la misma, que permanece a pesar de los cambios. Los ciclos se repiten. Vuelvo a un mismo tema; por ejemplo, los «Cien sonetos...» son poemas de amor escritos al medio siglo. Hay una constante cíclica sin que me lo proponga.

—Usted no se lo propone, simplemente se enamora.

—Un poeta tiene que estar enamorado. Enamorado hasta el último minuto de su vida. No creo en los que no toman vino, en los que no se enamoran. ¡Imagine un poeta vegetariano! ¿Podría yo ser vegetariano?

—Imposible.

—En el conjunto de mis libros hay un cambio natural. El cambio físico tiene que reflejarse en la obra. Los cansancios nuevos. En los últimos tiempos tengo un cansancio de la poesía política... pero en mí mismo. Leo con placer las hechas por otros.

—¿Conoce la antología de poesías americanas dedicadas a Vietnam?

—Sí... magnífico... magnífico. Desde Walt Whitman no se hacía poesía política en los Estados Unidos. Toda esa escuela de canciones de protesta creada en California es importante. Ginsberg,

Lowell, Lowells Felt. Pertenecen a una generación politizada, pero, ¿qué ha pasado? La inteligencia de Estados Unidos ha despertado. Pensemos en Hemingway, Faulkner... una generación grandiosa, a la altura de la rusa del siglo pasado. Pero esa generación quedó callada. Y ahora, ¡qué diferente! Arthur Miller se niega a ir a una invitación del Presidente... La gente dice: «El poeta no puede ser político». No, no... yo puedo estar cansado, pero, ¿cómo negar esa fuente de inspiración?

—¿Cómo se produce el proceso por el que nace un poema?

Se sirvió una segunda taza de té, la olió por unos segundos, bebió unos sorbos, me dirigió una mirada burlesca por encima de la taza, y dijo:

—Necesito antes que nada una mesa, papel, un lápiz...

—Sí, ya sé que eso recomienda a los escritores nuevos. ¿Corrige?

—A las cosas que yo hago les tengo al comienzo una especie de asco. Yo escribo, escribo, y cuando quiero leerlas, no entiendo nada. Quiero leerlas, pero no entiendo. Alguien las pasa a máquina. A menudo, Matilde, que conoce bien mi letra. Una vez pasadas, ya me da menos asco corregir. Corrijo. ¿Cuánto corrijo?... depende. A veces la corrección es muy encarnizada.

—Y después que está impreso, ¿no tiene nunca el deseo de volver a modificar algo?

—No, lo que está impreso lo siento como ajeno. ¡Adiós! Ya no me pertenece.

—Es mucho lo que «no» le pertenece.

—Sí, podría servir para matar a alguien —dijo, tomando con ambas manos los dos gruesos tomos de sus obras completas que esa mañana le había entregado el representante de Losada.

—¿Cómo valora la «cantidad» en la creación?

Sonrió.

—¿Puedo contestar cuando tengo tres kilos de poemas en las manos? ¿Usted quiere que me elogie?

—Quiero que encuentre la manera de contestar sin elogiarse.

—Veamos... ¿Sabe que Picasso es autor de doscientas sesenta mil obras? No sólo la calidad es en Picasso una cosa excelsa —dijo, y terminó de un trago la taza de té—. ¿Cree que este puede ser otra vez el momento de una poesía?

Abrió el libro que tenía en las manos, y con su voz monocorde, tal vez inexpresiva, seguramente monótona, comenzó a leer:

Yo, el anterior, el hijo de Rosa

[y José soy.

Mi nombre es Pablo, por Arte

[de Palabra".

■ M. E. G.